

Ocupábamos los ocios de nuestra fastidiosa cuarentena en reunir y coordinar estas notas, que son el resultado de alguna lectura, de nuestros propios recuerdos, y sobre todo, de noticias generosamente proporcionadas. Lo presentamos aquí no como un resúmen, siquiera incompleto, de lo que permite un asunto que prestaria para llenar muy fácilmente un volúmen, sino cual un sencillo relato de lo que hemos observado en un viaje breve en demasía. En él puede, no obstante, conocerse, que nuestro afan de saber ha sido perfectamente secundado por el mérito y la amabilidad de nuestros distinguidos huéspedes.

Tiempo es ya de que pasemos la frontera y volvamos á Skulani, pueblo que en virtud del tratado concluido en Bukharest el dia 16-28 de Mayo de 1812, entre la Rusia y la Puerta, se ha convertido en un pueblo ruso. Ese tratado, segun nadie ignora, incorporó al imperio la larga provincia que confina al Este con el Dniester y al Oeste con el Pruth, los cuales la estrechan entre sus cursos casi paralelos. En la línea nuevamente fijada como límite, cada una de las dos naciones ha establecido su cuarentena destinada á vigilar y purificar las procedencias de la márgen derecha del Danubio. El lazareto de los moldavos está en Galatz, cerca de la

desembocadura del Pruth, y los rusos han puesto el suyo en la márgen izquierda del mismo rio, en el punto mas inmediato á la Moldavia, y en el camino en donde las comunicaciones entre el principado y la Bessarabia convendria que fuesen mucho mas libres.

No quiera Dios que pintemos aquí las miserias y el aburrimiento de este cautiverio llamado cuarentena. El solo consuelo que hay en ella es la reflexion de que, sin esa preciosa obediencia á la ley no hay sociedad posible. Encerrados en nuestras cabañas, al llegar la noche éramos el blanco de millones de enemigos que turbaban nuestro sueño, y que con sus crueles picaduras nos hacian sentir toda la dureza de nuestras camas de tablas. El dia pasaba lentamente, y esperábamos con indecible paciencia el instante en que, por especial bondad del director del lazareto, se nos permitia bañarnos en el rio. Rodeados entonces de nuestros guardianes y dentro de límites fijados, podiamos entregarnos á ese saludable ejercicio. Las aguas del Pruth pasan por muy sanas, y se les atribuyen calidades higiénicas como baño y como bebida; nosotros las preferiamos para el primer uso, pues tienen un gusto salobre, decidido y repugnante.

Alrededor de la cerca de madera que circuye el

lazareto, vela día y noche una guardia, y los gritos de los centinelas mientras dura la oscuridad, retumban y se prolongan en ecos lúgubres, muy poco á propósito para alegrar los pensamientos del cautivo. La infame temperatura que hallamos en los principados continuaba sus rigores en Skulani, y después de una mañana abrasadora, venia la tempestad diaria; por efecto de la cual nuestros patios, y hasta nuestras casas, se convertian en tristes cloacas que apenas bastaba á secar el sol del día siguiente. Durante una de esas tempestades, en que no cesaba el estruendo de los truenos, nos participaron que habia caido un rayo sobre el peloton de cosacos que iba á relevar los centinelas. Es probable que sus largas lanzas habian servido de conductores al mortífero fluido: ello fué, que de cinco hombres, el uno quedó muerto y los otros cuatro paralizados de parte de sus miembros.

Es indispensable no perder de vista que estábamos en territorio del imperio y que á pesar de la distancia desde esa frontera á la capital, mucho antes habian llegado las benévolas órdenes que debian proporcionarnos proteccion y auxilios; así fué que por parte de los empleados encontramos toda la indulgencia compatible con el estremado rigor de los reglamentos. El permiso de bañarnos, que era

para nosotros un bien inestimable, lo debimos á la amabilidad del director, y del Dr. Ellisen, médico del lazareto. Tambien alcancé licencia de que se colocasen delante de Raffet á conveniente distancia, y bajo la custodia de los guardias, algunos de nuestros tristes compañeros de cuarentena, casi todos judíos ó armenios, que se prestaban á servir de modelos al artista. En los primeros días de Agosto vino desde Odesa un enviado del Sr. conde Woronzoff, gobernador general de la Nueva Rusia, para manifestarnos de parte del conde sus deseos de complacernos, de los cuales no permitia dudar una larga correspondencia. Ese jóven, que era uno de los secretarios de la chancillería del gobernador general de Odesa, venia á ponerse á nuestras órdenes en calidad de guía para el camino que nos faltaba. El día 22 de Julio-3 de Agosto, nos llamaron al locutorio de la administración para prestar el juramento de salida. Juramos con toda la alegría de nuestra alma, que no habiamos quebrantado ninguna de las leyes sanitarias, y que no nos habia atacado la peste, que tampoco teniamos á la llegada. El Evangelio recibió el juramento, que sellamos besando el Santo libro colocado en la misma mesa que un Koran para los turcos, y el antiguo Testamento para los judíos sencilla é interesante leccion de fi-

lososia, que manifiesta el religioso tino con que la cuarentena sabe encontrar para cada uno un juramento segun su conciencia.

Al dia siguiente pasamos ese temido umbral, en donde, á la llegada, es preciso renunciar á la impaciencia. Los tiros de magníficos caballos puestos á cuatro de frente, arrastraron con prisa los carruajes y los alegres viajeros, y pisamos rápidamente la tierra de Bessarabia. Al salir del pueblo de Skulani, cuyas anchas calles son un testimonio del pais á que pertenecen, empezamos á recorrer una tierra inculta, desnuda y surcada por valles que se humillan entre largas colinas redondeadas, cual sucesivos mogotes, y que se estienden paralelos al curso del Pruth. Esta disposicion del terreno continúa durante unas cinco leguas. En el fondo de esos valles suele haber estanques alimentados por las aguas pluviales; mas en todo lo que alcanza el horizonte, no existe árbol, no existe hombre, no se alza habitacion alguna. Nuestros postillones eran las únicas muestras que podiamos ver del nuevo pueblo de esos paises: y en ellos notábamos ya una grande diferencia entre su fisonomía y la de los moldavos. Sus altos sombreros recuerdan la forma de un borbon de peregrino, y todo su traje está reducido á una camisa de lienzo grosero, un cinturon y unos

pantalones anchos, metidos por abajo en unos botines de cuero crudo. El tipo de su rostro no presenta el carácter tan decididamente marcado de los habitantes de Moldavia. El color mas blanco, el rostro ancho, y la barba y los cabellos rubios, los distinguen de sus vecinos del Pruth aquende. Guian los tales, segun el uso de todo el imperio, desde el pescante; y esta costumbre por poco hubiera traído una fatalidad á algunos de nosotros. Uno de esos hombres, poco diestro, y no pudiendo contener ocho caballos jóvenes y briosos, tomó el partido de soltarles las riendas; y apenas los brutos se sintieron libres, cuando se lanzaron por la llanura con grande riesgo de los viajeros y de las personas que muchas veces probaron á detenerlos, pues parecia que su ardor y número se aumentaban á cada instante.

Al cabo de pocas horas el aspecto del pais habia cambiado: se acabaron las llanuras uniformes, y vino á sustituirlas una comarca bien cortada, cubierta de hermosos árboles, y terminada por un horizonte en que se dibujaban montañas de graciosa forma. Sorprendiéonos una tempestad horrorosa en el bosque en donde tuvimos la fortuna de encontrar una casa de postas dependiente de la aldea de Bachmut. Sirviéonos de refugio esa habitacion, desde la

cual vimos caer varios rayos cerca de nosotros, y mas cerca todavía de algunos bueyes que sufrían la tempestad con el mayor estoicismo. Cuando se hubieron terminado los torrentes de lluvia, tomamos el camino dejando ese hermoso pais, tan pintoresco, y con harta celeridad atravesado, para encontrarnos en una llanura, ó por mejor decir, en medio de un estanque de fango negro, que nos circuía por todas partes, hasta donde alcanzaba el horizonte, anhelo continuo de la esperanza, y que nunca se satisface. Cuando vino á envolvernos en sus tinieblas la oscurísima noche, nada habia cambiado en torno nuestro: y hacia las diez de ella una escolta de cosacos que habian sustituido faroles á los hierros de sus lanzas, nos anunció la proximidad de Kicheneff.

Salir de esas espesas tinieblas y de ese mar fangoso para encontrarse de repente en mitad de una sala en que brillan veinte antorchas, y en que le miman á uno la cortesanía y la amabilidad mas exquisita, y tener la perspectiva de una cena, es uno de los contrastes frecuentes en la aventurera vida del viajero, pero cuya repetición no les quita un ápice de su encanto. En ausencia del gobernador de Kicheneff, hacia los honores de su hermosa y vasta casa uno de sus parientes y el gefe de policía

de la ciudad. Los canapés, que por nuestros recuerdos de la cuarentena tan recientes todavía, nos parecieron del plumon mas fino, nos invitaron á gozar del reposo bien comprado por la fatiga pasada: mas nuestro guía, que era el jóven enviado por el conde Woronzoff cometió la barbaridad de interrumpir á las tres de la madrugada aquel dulcísimo sueño, y de tenernos dos horas en pié antes que llegaran los caballos. Echamos á andar para seguir hasta Odesa, término tan deseado de nuestro largo viaje.

Las mismas personas que con tantos obsequios nos habian recibido en la víspera, quisieron acompañarnos á caballo ó en droschki hasta alguna distancia de la ciudad; y así fué que solo vimos de Kicheneff su enorme estension, semejante á Roma que cubre muchas colinas: bien es verdad que el ocupar esta ciudad tanto espacio, se debe á la anchura de sus calles y á los jardines que circuyen todas las casas. Las viejas casuchas y las cabañas primitivas, son todavía en gran número, mas los barrios nuevos se pueblan de casas elegantes y de edificios públicos de muy exquisita arquitectura. El brillo de los colores usados para pintar los monumentos, y sobre todo, las cúpulas y los techos cubiertos de una tinta verde delicada, ofrecen á los ojos del via-

jero un aspecto singular y dan á las ciudades un sello especial, cuya novedad maravilló mucho á mis compañeros de viaje. Las plazas de Kicheneff son inmensas, están adornadas con flores y circuidas de linderos; y cuando nosotros pasamos estaban plantando muchos árboles en un sitio que habia de ser paseo público.

Hay algunos viñedos en las laderas inmediatas á la ciudad; mas luego se nos presentó de nuevo la campiña inculta, desierta, y sobre todo, desolada por las lluvias. En las llanuras bajas é inundadas encontramos innumerables aves acuáticas, bandadas de aves frías, de gallinetas, y en particular de grullas, con aire pensativo, que pasean al traves de las praderas su gravedad melancólica. En aquel páramo dejábamos detras de nosotros espacios inconmensurables, enteramente cubiertos de hermosas y grandes plantas cargadas de flor y defendidas por los lodazales del camino de los ataques del Dr. Léveillé, quien desde el fondo del carruaje válaco sufría el suplicio de Tántalo, aplicado á la botánica. Vimos finalmente Bender. No lejos de esta plaza fuerte acabábamos de hallar la desierta tierra y el desconocido sitio en que exhaló el último suspiro Potemkin, cuyo nombre ocupa un lugar tan distinguido en nuestras glorias históricas. El príncipe,

que salió enfermo de Yassy para ir á Kherson, hubo de dejar el coche, porque á la manera del emperador romano queria *morir en pié*: y en ese sitio espiró como un soldado aquel varon cuyo solo nombre valia por un ejército.

No entramos en Bender, que recordará por mucho tiempo al terrible Cárlos XII de Suecia vencido por la Rusia. Desde la casa de postas se domina esa ciudad alineada en la llanura, sin árboles ni jardines, y flanqueada por numerosos molinos de madera que despliegan al viento sus seis alas. La ciudadela, separada de Bender, tiene una estension considerable, sus obras modernas abrazan las ruinas de la antigua fortaleza turca: seiscientos artilleros guarnecen esa plaza, cuya importancia ha decaído desde que se encuentra en el centro del territorio, al paso que mientras fué fronteriza de los turcos, les servia indudablemente de un grande socorro en ese pais descubierto, y encima del rio que ella dominaba.

Tiene el Dniester delante de Bender un anchura mediana, pero corre en un lecho profundo que hace muy difícil el paso de la barca situada bajo los baluartes del fuerte. Para subir á la márgen izquierda hubimos de pedir auxilio á algunos carreteros moldavos que estaban allí cerca, y sus seis

pares de bueyes nos ayudaron muy eficazmente. Pasaron rápidos por ante nuestra vista Tiraspol, su ciudadela, el vasto campamento de artillería que estaba al abrigo de sus murallas, y finalmente Kutcherhan en donde se ha fundado una colonia de alemanes cultivadores, que es la primera de las ocho comunidades agrícolas establecidas en el territorio de Bessarabia, y que con los métodos de cultivo han importado sus dulces y pacíficas costumbres, y hasta los nombres de las ciudades de su patria. De este modo atravesamos hácia la tarde Strasburgo y Manheim, en donde la lengua de las márgenes del Rhin nos recordó otros países, no mas fértiles por cierto, pero mas habitados, pues las poblaciones se comprimen de modo que la emigracion se ha hecho necesaria. Esos alemanes nos parecieron contentos con su suerte, porque la tierra recompensa con usura el cultivo que se da á esas llanuras vírgenes todavía. La Bessarabia toma un rápido vuelo hácia la industria. Rica en granos, no solo mas allá de lo que necesita, sino aun de lo que pueden exigir las esportaciones probables, ha comenzado á buscar en la fabricacion el empleo de su fecundidad extraordinaria. El gobierno secunda esa tendencia por medio de inmunidades especiales: así es que la destilacion del aguardiente y de otros es-

píritus que en todos las provincias del imperio son un privilegio esclusivo del gobierno, en Bessarabia le están permitidas al productor por un tiempo determinado. Recientemente se dedican á la fabricacion del azúcar de remolacha, pues el pais es tan rico, que esa raiz devoradora en todas partes, no basta para agotar esa vigorosa naturaleza, de la cual no abusan tampoco, pues el espacio es tanto, que las tierras descansan mucho tiempo. El combustible que se emplea, es una mezcla usada en toda la Rusia meridional, y que consiste en paja desmenuzada y en estiércol amalgamado con aquella, y secado en forma parecida á los ladrillos, y con la cual se cubren las paredes durante el verano. Casi todas las casas están vestidas de esa singular capa, que se les quita al acercarse el invierno.

Ademas de las colonias alemanas, encontramos muchas caravanas moldavas, acampadas durante la noche, segun su ordinaria disposicion estratégica. Al acercarse á esos establecimientos nómades, es digno de lástima el infeliz que va á pié y se queda rezagado; porque corre inminente riesgo de ser víctima de los feroces perros que sirven de exploradores á esos batallones de carros.

Estaba ya muy entrada la noche, y en cada posta nos detenian interminables lentitudes. A pesar

de los estafetas, nada habia preparado, faltaban caballos, y la rapacidad del judío, que no desprecia ningun medio de sacar dinero al viandante, nos agobiaba con ofrecimientos de servicios que, una vez pagados, no se realizaban. Por último, despues de pasar la noche en una llanura, en donde nos quedamos muchas veces atascados, se nos presentó la capital de la Nueva Rusia. Antes de ver la ciudad, experimentamos en nuestros rostros, acalorados por la fatiga la impresion del aire marino; y finalmente, al asomar el dia tomábamos posesion de una magnífica posada que lleva el nombre de Richelieu, y que por las atinadas ventajas de su hospitalidad, no es indigna de nombre tan memorable.

## CAPITULO V.

**ODESA.--COSTA MERIDIONAL DE LA CRIMEA.**

El primer aspecto de Odesa es digno de la fama de esta grande ciudad; de suerte, que no podria hallarse mejor anuncio de la jóven y floreciente capital de la Nueva Rusia. Rodeada de esos inmensos páramos é interminables desiertos, se presenta como una tierra de promision, un oasis por largo tiempo deseado, y el viajero entra en su recinto con ese sentimiento de alegría que se experimenta al tocar el puerto despues de una navegacion azarosa.

Esta ciudad, que es de las mas estensas, cubre con sus barrios que cada dia se dilatan, una vasta meseta que se levanta vertical, y cuya formidable base se sumerge en el mar Negro. Desde lo alto de su escarpada costa Odesa domina una estensa bahía, cuyo azul sombrío contrasta con la palidez de